

---

---

# La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

*Para Mariona, Eduard y Ferran, que personifican la sentencia de Epicuro:*

*"De los bienes que la sabiduría ofrece para la felicidad de la vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad"*

---

**Por Josep M. LOZANO\***

---

La Postmodernidad: He aquí un término de moda. Un término que admite un empleo múltiple que casi nos lleva a concluir, si queremos entendernos, que cada maestrillo tiene su librillo... postmoderno.

Por lo tanto, quizás habrá que comenzar constatando que se trata de una palabra-etiqueta, que circula pegada a planteamientos y comportamientos muy diversos. Una etiqueta que ha generado mucha literatura más o menos sistemática, y que ha tenido un notable éxito periodístico en el marco de la moda «neo y post» que todo lo invade. Si antes el ser se llamaba de muchas maneras, hoy la Postmodernidad —por suerte o por desgracia— puede querer decir muchas cosas. Y de esta forma sirve tanto para tematizar y expresar la crisis de los ideales de la Modernidad como para describir los últimos climas culturales y estéticos. Sirve tanto para legitimar las formas de vida de determinados grupos sociales que triunfan a finales de los 80 como para percibir —como síntoma— la emergencia de unas transformaciones sociales que van dejando progresivamente obsoletos los paradigmas de la industrialización. Sirve tanto para dar un nombre «actual» a lo que no es más que la dimisión de todo planteamiento moral como para expresar una actitud de búsqueda moral que esté a la altura de nuestro tiempo.

---

\* Profesor de ESADE. Miembro del Centro Cristianisme i Justícia.

---

**Josep M. Lozano**

---

Más aún, si nos centramos en la literatura que se ha generado en el entorno de esta palabra, encontraremos que, a pesar de las interconexiones evidentes, cada área cultural ha acentuado una aproximación relativamente específica al problema. En el área usamericana y anglosajona es un debate paralelo al que gira alrededor de la llamada «sociedad postindustrial», con importantes derivaciones en el campo del arte y la arquitectura. En el área alemana la cuestión no radica tanto en la Postmodernidad como en la necesidad de una revisión crítica de los ideales de la Modernidad, pero sin renunciar a ella. En el área francesa es la continuación —y la interpenetración— de determinadas corrientes filosóficas y sociológicas casi inseparables de sus protagonistas. Finalmente, en el área italiana se cobija al abrigo de la Postmodernidad una corriente de pensamiento un poco diferenciada —con un fuerte componente filosófico— que se presenta como «pensamiento débil».

Sin embargo, el discurso postmoderno tiene algunos «temas mayores» que lo caracterizan suficientemente. La pérdida del sentido lineal y progresivo (o progresista) de la historia personal y colectiva. Cierta individualismo metodológico y axiológico. Una afirmación del presente ante un entorno y un futuro que ofrecen tantas posibilidades como amenazas. Una comprensión de las relaciones humanas más como intercambio e (inter)relación que como comunicación o acompañamiento. La incapacidad —reconocida y aceptada— de captar o confiar en algún sentido fundamentado y sustantivo de la vida. Una instalación ética en la provisionalidad y la relatividad, que conlleva una pérdida de finalismo y una valoración de la fruición y de los bienes más que de las normas. La nula credibilidad y posibilidad del discurso utópico.

Hay que remarcar, dicho sea de paso, que sólo desde los ambientes modernos o premodernos se tildan estas coordenadas postmodernas de «pérdida» o «deshumanización». Desde el discurso postmoderno estas coordenadas no son meros signos de los tiempos, sino su normalidad y sus postulados culturales. Son un estado de vida, sí, pero no se viven con un sentimiento de angustia o añoranza porque se aceptan desde ellas mismas, y no desde el juicio que se pueda hacer desde otros puntos de referencia. «Otros» en el sentido de fuera del tiempo... postmoderno, claro.

Ahora bien, más allá de los debates en los círculos «intelectuales» y de su difusión en determinados diarios, la pregunta sobre el significado de la Postmodernidad nos lleva a plantearnos qué cambios se están produciendo en nuestra vida social que hacen que estos discursos

---

## La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

sos y la etiqueta que los engloba —y, sobre todo, su divulgación— tengan éxito en nuestra sociedad. ¿Qué ha pasado que hace que uno pueda sentirse postmoderno aunque desconozca las elaboraciones más o menos sistemáticas de la Postmodernidad? Más aún. ¿Hasta qué punto, a veces, los debates sobre la aceptación o el rechazo de la Postmodernidad son una manera de eludir la reflexión sobre los cambios sociales, culturales y políticos de nuestro tiempo, que son, probablemente, los que hacen plausible el discurso postmoderno? ¿No hay en muchas críticas de la Postmodernidad como discurso un rechazo a comprender la condición postmoderna?

Obviamente, no podemos dar respuesta en este espacio a todos estos interrogantes. Lo que trataremos de hacer es una presentación — como una especie de cartografía— de algunos de los temas mayores de la Postmodernidad y, posteriormente, un apunte sobre algunos de los cambios sociales y culturales que se correlacionan con el discurso postmoderno.

### Cartografía de la postmodernidad

El propio nombre ya nos hace notar una cosa: la Postmodernidad se identifica a sí misma en relación con la Modernidad y, más aún, en relación con una determinada lectura de la Modernidad. La proliferación de corrientes de pensamiento que, para identificarse, tienen que recurrir a los prefijos «neo» y «post» ya nos hace ver que existe un clima general que coincide en dos puntos cuando se trata de comprender nuestro presente. En primer lugar, una fuerte incomodidad e incluso rechazo ante las referencias ideológicas que han predominado hasta ahora. En segundo lugar, una incapacidad de dar nombre propio a la (supuesta) nueva situación emergente que, por lo tanto, se caracteriza a menudo en relación negativa respecto a la anterior... y hace de la contraposición de lo que surge a partir de este rechazo crítico y de la afirmación casi empírica de las nuevas condiciones de vida la dimensión «positiva» de su propuesta.

Hay que comprender la Postmodernidad, pues, en relación con la Modernidad. En relación crítica y distanciada, pero ligada a ella puesto que, como decía Hegel, también los que se pelean están abrazados. ¿Qué es lo que se pone en tela de juicio de la Modernidad, desde este planteamiento? No tanto unos contenidos determinados — aunque también, como es obvio— sino sobre todo lo que podríamos llamar una mentalidad, un paradigma, un esquema mental.

¿Qué rasgos configuran este esquema mental? De entrada podría-

mos subrayar que el valor de lo que es nuevo. La creencia que la vida y la historia siguen un proceso que se desarrolla en etapas sucesivas y en la que cada etapa es una superación o mejora de la anterior. Desde esta mentalidad ser «antiguo, conservador, tradicional, carca, viejo...» etc. es, por definición y a priori, malo y desechable. Y ser «moderno, avanzado, progre, nuevo, joven...» es, también por definición y a priori, bueno y deseable. Que hay que estar al día, vaya. De lo que se trata, en cualquier caso, y lo que provocará ásperas discusiones y conflictos, es de saber qué es en concreto más «moderno» y quién sabe mejor cuáles son las «leyes» de los procesos o etapas que hemos citado. Porque —cuestión en absoluto trivial— si conocemos bien estas leyes, no sólo podremos saber por qué la vida o la historia avanzan, sino que las podremos hacer avanzar conscientemente y sabiendo a ciencia cierta lo que hacemos.

Por eso puede considerarse como un planteamiento típicamente postmoderno el que afirma y propugna el «fin de la Historia». ¿Qué se quiere indicar con esta formulación? Pues la ruptura con la creencia (en el sentido más fuerte de la expresión) en que la Historia puede entenderse, explicarse y —eventualmente— dirigirse como un proceso lineal, tan complejo como se quiera, por cierto, pero proceso lineal al fin y al cabo. Dando por sentado que nos referimos tanto a la historia personal como a la colectiva.

Las diversas ideologías de la Modernidad presuponen la creencia en que hay una dimensión unitaria del ser, de la especie y/o de la historia humana. La humanidad —entendida individual y colectivamente— es perfectible, y de lo que se trata es de mejorarla, ya sea mediante el arte, la política, la educación, la tecnología, la economía... da lo mismo. Puede discutirse el «como» tanto como se quiera, pero la convicción previa es que «se puede». No solamente se puede: hay que hacerlo, y ahí se condensa el sentido ético, en este querer hacer avanzar la historia. Una vez más, podemos volver a discutir el nombre concreto que toma este esquema mental según las ideologías: evolución más o menos natural de las cosas; desarrollo económico, personal o social; acceso a las «nuevas» tecnologías; progreso; revolución; (auto)realización... Pero siempre esta convicción de estar situado en un «orden del tiempo» que estructura con sentido la sucesión pasado-presente-futuro y que se basa en la convicción de que no tienen que aceptarse límites. Se puede y es necesario ir siempre más allá, y ahí se fundamentan los diversos nombres de la esperanza, según la opción concreta que cada cual tome dentro del abanico de la Modernidad. Peleas familiares, al fin y al cabo, aunque ya se sabe que las familiares son las más duras, dolorosas y difíciles de digerir.

---

## La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

En el fondo, la Modernidad como tal, por lo tanto, es el verdadero valor último. Valor que se concreta en el presupuesto indiscutido de que «es necesario» ser moderno, y en el valor casi intrínseco de todo aquello que se presenta como «superador» de la etapa anterior. No hay nada de extraño, pues, en que la Modernidad se realice como fe en el Progreso, que se convierte, simultáneamente, en una secularización de la fe y en una fe en la secularización: los nuevos tiempos ya son sólo intrahistóricos.

Esta Historia tiene un sujeto. Un sujeto que la protagoniza y le da sentido, precisamente, en su dinamismo —o exigencia— de liberarse de las restricciones del presente y avanzar de manera más o menos exaltante y/o dificultosa hacia el futuro mejor. ¿Quién es este sujeto? Depende, otra vez, de las opciones ideológicas, y cada una de ellas se justifica porque está a favor del «verdadero o auténtico» sujeto: el Hombre (nuevo o no tan nuevo); el individuo autónomo; la clase portadora de futuro para todos; la nación propia de cada cual, pero también la Nación como categoría; el pueblo o los núcleos populares; la humanidad... No importa el nombre porque lo previo es que hay que elegir, elegir aquel sujeto histórico que nos convoca a inscribirnos en la Gran Marcha de la Historia.

Pues bien, la Postmodernidad viene a ser como el reconocimiento de que la historia no tiene un único hilo conductor; que el progreso se ha realizado destructivamente y como dominación; que las grandes promesas de la Modernidad no solamente se han visto falsadas, sino que han legitimado destrucción y sufrimiento; que se ha destruido todo aquello (culturas, entorno ecológico, formas de vida...) que no encaja con las respectivas visiones únicas y excluyentes del progreso; que el miedo y la amenaza es el horizonte real de nuestro tiempo... y que en eso ha consistido —también, en gran parte o básicamente— la modernización o la Modernidad.

Más aún, la Postmodernidad es el reconocimiento de una nueva situación caracterizada por la fragmentación, por el reconocimiento de la complejidad, por la afirmación de la pluralidad de formas de vida y de la pluralidad de maneras de narrarlas y/o explicarlas... Nótese bien, de paso, que aquí «nuevo» no significa «lo que ahora toca», porque de la Modernidad no se sale superándola, claro está. No se trata de que ahora se deba ser postmoderno (ni que eso signifique ser de una manera concreta). Esto sólo se lo plantean los «modernos» que han perdido las cartas de navegar pero que aún viven de este esquema mental. Según el talante postmoderno, se trata de vivir una situación diferente sin la seguridad y la protección de una normativa (o una visión de la Historia) preexistente.

---

Josep M. Lozano

---

Por eso se ha caracterizado también a la Postmodernidad como crisis, crepúsculo o difuminación de los «grandes relatos». Es decir, como incredulidad ante los grandes relatos (o ideologías) que daban cuerpo y consistencia a la Modernidad. Hoy en día, estos relatos quizás aún los utilizamos, enteros o a trozos, pero no nos lo creemos (culturalmente hablando, aunque personalmente cada cual pueda pensar o creer lo que quiera, lo cual, por cierto, también es una característica de la Postmodernidad). La Postmodernidad viene a considerar a las ideologías de la Modernidad como mitos, como narraciones fundamentales y fundamentadoras que, para colmo, han tenido la pretensión de ser «ciencia» o «verdad absoluta». Narraciones que, como ya hemos dicho, están siempre protagonizadas por un sujeto histórico, que tiene que liberarse ante, frente y de los que se lo impiden, que tiene que irse desarrollando o creciendo para alcanzar su plena realización, y que lo hace porque dispone de un saber —al mismo tiempo moral y práctico— que le orienta con seguridad y certeza en su acción. Estos relatos (ideológicos) suponen un modelo integrado y reconciliado de la sociedad y del ser humano que se presenta como posible, deseable y accesible.

En cambio, la Postmodernidad más bien parte de la experiencia de que la sociedad y el ser humano se nos han hecho complejos. Que no son un todo estructurado en el cual todo tiene o ha de tener su lugar. Que no hay un elemento clave para actuar sobre ellos decisivamente. La Postmodernidad es el rechazo de los sistemas cerrados y totalizantes (y potencialmente totalitarios) que todo lo explican y que han justificado muchos sufrimientos con la tranquilidad de quien lo hace por principios. Pero que quede claro que la Postmodernidad no es la desvalorización de todos los valores (aunque, efectivamente, lo sea en alguna de sus versiones) sino la desvalorización de los valores «supremos».

### **Unas sociedades sin mayúsculas**

Por eso podemos decir que la Postmodernidad a menudo parece que se defina como la aceptación de una pérdida. La pérdida de un sentido absoluto y de globalidad para la vida. Pérdida, por cierto, que no se refiere tanto a su realización como a su misma posibilidad. Y esto se corresponde con un clima general que se vive en las sociedades avanzadas. Nuestras sociedades, al contrario de lo que dicen los apocalípticos, no son sociedades sin principios ni valores. Pero son sociedades en las cuales ha adquirido cierta carta de naturaleza la percepción de que ya no hay nada que se escriba o se pueda escribir con

---

## La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

mayúscula. Hemos pasado de la mayúscula a la minúscula en todos los órdenes de la vida, desde los fundamentos vitales hasta las instituciones. Sin duda alguna, por cierto, todavía existen mayúsculas, pero, en cualquier caso, lo son para cada cual. No se espera —ni se acepta— de ellas ningún tipo de viabilidad o credibilidad interpersonal ni, ¡mucho menos aún!, social general.

Esto conlleva una «desaparición» de las ortodoxias reguladoras y de su eficacia y lugar sociales. Nuestras sociedades ni se regulan ni aspiran a regularse o legitimarse por grandes discursos que propongan una comprensión de valor como «verdad». Esta disolución de las mayúsculas hace que las vinculaciones personales y sociales se vivan en un clima general de «contrato temporal», y no de proyecto, porque uno vive el futuro des-orientado, en el sentido literal de la palabra. La propia vida ya no se comprende ni se orienta centrada circularmente alrededor de un núcleo polarizador, sino como un nudo en movimiento dentro de una red de interrelaciones móviles: el centro puede estar en todas partes y todo puede ser, en algún momento, el centro. El modelo de inserción social y de autopercepción personal no es la brújula, sino el radar. Uno no se sitúa en relación con un Norte (histórico o personal), sino en relación con los demás y con la imagen de uno mismo que los demás le devuelven. Y no es, simplemente, que se haya «perdido el Norte», sino que los puntos cardinales se han convertido en una metáfora: no son ni verdades ni mentiras en sentido «fuerte», sino una manera de hablar y expresarse para irse (re)orientando continuamente.

Esta difuminación de las mayúsculas ha sido provocada, en gran parte, por la incompetencia práctica de los grandes discursos, por el sentimiento de que nuestra sociedad es globalmente irracional como resultado de muchas racionalidades parciales, y por la sospecha de que la gran mayúscula no permite conocer ni experimentar la singularidad. Esto es lo que nos ha llevado a una pérdida de determinadas condiciones culturales de credibilidad de los lenguajes sustantivos (religiosos y/o morales) o socialmente vertebradores.

No nos ha de extrañar, pues, que, correlativamente, en las democracias representativas el yo se encuentre sin instrumentos mentales y organizativos para el nosotros. La solidaridad se encuentra simultáneamente desbordada y bloqueada porque la libertad no es operativa para superar un cierto tipo de aislamiento estructural. La Postmodernidad se corresponde con una sociedad que no comparte unos referentes últimos y por eso sólo es capaz de postular una idea de tolerancia que no es más que una forma de indiferencia mutua. La li-

---

**Josep M. Lozano**

---

bertad no se piensa de ninguna otra forma que como la máxima reducción posible de los límites que configuran el campo de actuación de cada cual en la consecución de sus intereses. Pero, ¿hay alguien que, aparte de criticarlo tenga una alternativa que no caiga en las perversiones que se han analizado y criticado?

Así nos encontramos con que la Postmodernidad reivindica una afirmación del presente en toda su profundidad posible, un rechazo del predominio de la racionalidad, una mayor capacidad de goce y de experiencia de la pluralidad de dimensiones de la vida, y una crítica a una sociedad que sólo habla en términos de planificación o programación. Pero lo hace desde una perspectiva de análisis, crítica y rechazo de la Modernidad en el ámbito cultural. No hace ningún análisis político ni económico de la Modernidad, lo cual hace compatibles algunas de sus versiones —aunque no todas— con planteamientos de carácter fuertemente conservador.

Por lo tanto no se plantea, por ejemplo, si una sociedad, como tal, puede funcionar con determinados relativismos axiológicos y hasta qué punto, en este caso, sólo queda como forma de cohesionar la vida pública la fuerza coercitiva del Estado, con las consecuencias de todo tipo que esto tiene. O también, si bien es posible vivir personalmente en un cierto relativismo, de qué manera se pueden abordar los procesos educativos de niños y jóvenes, que parecen exigir algún tipo de certeza o seguridad básicas, en este contexto (1). Pero estas objeciones podrían obtener respuestas muy diversas, e incluso contradictorias, en las distintas versiones del talante y de los discursos postmodernos, y por eso tenemos que detenernos aquí.

En cualquier caso, lo que queda claro es la dificultad de hacer comprensibles y accesibles, en medio de este clima cultural —que es antes que nada un estado ambiental— un discurso moral o social que quiera ser reconocido, comprendido y aceptado por encima de todo por sí mismo (y con independencia de las situaciones concretas) como fundamento, cierto, garantizado tarde o temprano, universal(izable), identificado con determinados contenidos morales, etc.

### **De la sociedad a la ciudad**

Ahora bien, ¿por qué una propuesta aparentemente muy circunscrita al ámbito del análisis y el debate culturales provoca en mucha

---

(1) Distinguiendo aquí, al hablar de «contexto», lo que hace referencia a la Postmodernidad como propuesta o discurso de carácter culturales y lo que hace referencia a la Postmodernidad como clima social.

---

## La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

gente que no los sigue de cerca la sensación, cuando sabe alguna cosa de ellos, que «dicen» algo muy real? Quizá esto sea un síntoma de que lo que tenemos que empezarnos a plantear es que, como sustrato del discurso de la Postmodernidad, se ha producido un cambio en el horizonte mental de referencia. Culturalmente hemos pasado de vivir y pensar en relación a la sociedad a hacerlo en relación a la ciudad. Al fin y al cabo, las ideologías modernas eran sistemas de valores articulados como «modelos de sociedad» más o menos utópicos. Y la experiencia actual de vivir en una sociedad sin modelos tal vez es también el síntoma de la emergencia de la ciudad como lugar y horizonte vitales, con lo que supone de modificación de los estilos de vida y lo que comporta de fragmentación de las interrelaciones personales, de pluralidad heterogénea de puntos de referencia y de naufragio de las perspectivas totalizantes en el mar de la complejidad.

Nuestra época, esto es ya un tópico gastado, es una época de grandes cambios. Y de cambios que, al producirse con una gran aceleración, hacen casi imposible que puedan ser asimilados plenamente por cada uno de nosotros o por las generaciones como conjunto. La Postmodernidad, por cierto, también es una manera más o menos peculiar de asumir, pensar o interpretar estos cambios y su dinámica. Uno de estos cambios es la aparición de una sociedad urbana. Una sociedad en la que la gran mayoría de la gente vive concentrada en grandes ciudades, hecho absolutamnete nuevo —y probablemente irreversible— en la historia de la humanidad. Y esta sociedad urbana genera una manera propia de comunicarse, de vivir la vida, de entenderla y de representarla.

Por lo tanto, si entendemos la condición humana como «condición postmoderna» —y no la simplificamos identificándola con la Postmodernidad como discurso— quizás tendremos que plantearnos que criticar a la Postmodernidad o discutir con ella no nos dispensa de comprender la condición postmoderna. Una comprensión, por cierto, que no tiene que consistir en (ni reducirse a) la representación pública de jeremiadas que tengan como temática predilecta el rechazo grandilocuente de la «deshumanización» o la «masificación» de la vida urbana, u otros éxitos de ventas moralizantes similares.

Uno de los grandes presupuestos de los sistemas ideológicos y morales que han ocupado nuestro escenario cultural es su pretensión de «poner orden» al mundo y a la vida, y de configurar las maneras de pensar y actuar en relación con un sistema de valores donde cada elemento (se supone que) tiene su lugar en el conjunto. Y es este presupuesto o pretensión, en definitiva, lo que establece el terreno común

---

Josep M. Lozano

---

sobre el cual «enfrentarse», «discutir» o «dialogar». En cambio, mi intuición es que, más allá de la validez de los planteamientos de la Postmodernidad, las formas de relación y de convivencia cotidianas que genera la vida urbana —entendida como horizonte mental y no sólo como gran ciudad— hacen imposible una experiencia de la vida donde todo pueda experimentarse de manera articulada... que es, precisamente, en otro registro, lo que dice la Postmodernidad. Esto no quiere decir que los valores, la moral o las tradiciones religiosas no se puedan hacer presentes en ella. Pero sí que su presencia e interés culturales no están condicionados sólo por sus contenidos, sino por la pretensión y los presupuestos de su propuesta. Por decirlo gráficamente: no se trata de «emitir», sino de hacerlo en la longitud de onda de los receptores urbanos... lo cual es previo a saber si el programa es interesante o no, que también tiene su importancia, claro está.

En la vida urbana, lo queramos o no, ninguna relación de las que vivimos es globalizante en el sentido de que incluya las referencias, formas y prioridades de las demás. Correlativamente, en cada una de ellas sólo nos hacemos presentes fragmentariamente y sin necesidad de manifestar las referencias y valores que ponemos en juego en las otras. Eso hace que a menudo sea difícil vivir —y sobre todo expresar— una eventual «identidad» común y propia en todas ellas. Hasta cierto punto, cada cual es —o puede ser— a lo largo del día «varios» individuos diferentes. No se trata ya tanto de «salvar el alma», como de integrar positivamente el haz de almas que cada cual «es».

Por otro lado, si de algo tenemos conciencia (nos reconozcamos en la Postmodernidad o no) es de que la sociedad se nos ha vuelto compleja, que no es un todo estructurado donde todo tiene o ha de tener su lugar, que no hay un punto clave desde donde comprenderla, y que, por lo tanto, se ha convertido en materia de especialistas y técnicos que nos merecen más o menos confianza, pero que nos posibilitan tanta —y quizás menos— vinculación real que la que nos posibilita, por ejemplo, el mecánico del coche.

La política ya no es el lugar donde se halla el timón de la Historia, sino una variante más de la gestión de la complejidad. El poder político puede mucho menos de lo que parecía y no legitima la soberanía de los ciudadanos que, en cualquier caso, ya no ejercen el poder organizados políticamente sino corporativamente (2). En un mundo interdependiente, el Estado se ha convertido en un artefacto demasiado grande para los pequeños problemas y demasiado pequeño para los

---

(2) Y una de estas formas corporativas son, precisamente, los «aparatos» políticos.

---

## La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

grandes problemas. Por eso el ciudadano, ante la política y sus problemas «técnicos», se siente simultáneamente impotente e incompetente, y sólo le queda el recurso de apelar retóricamente a los registros ético-políticos de la Modernidad como criterio de valor cuando percibe oscuramente que dejarlos de lado abriría la puerta a una mayor disgregación (u orfandad).

Pero que quede claro: de hecho en la vida pública la ideología ha dejado de ser un mensaje para pasar a formar parte del paisaje... político. Por eso los poderes públicos cada vez generan menos ideología y más publicidad. Y, de este modo, el individuo se queda solo en medio de la ciudad.

Como hemos dicho, quizás lo que es más característico de la vida urbana es la fragmentación con que se viven las relaciones y las comunicaciones humanas. Las relaciones y las comunicaciones interpersonales no se hacen con toda la carga biográfica de cada cual, sino desconectadas del conjunto de la propia vida, tan sólo en función de aquel único aspecto de la propia vida que justifica el contacto. Con los compañeros de trabajo no hay necesidad de que tengamos ninguna relación de amistad, ni que compartamos con ellos otros intereses vitales; nuestros amigos pueden ignorar o no entender nada de nuestro trabajo y nuestros vecinos no es necesario que sean ni amigos ni compañeros de trabajo. Cada una de nuestras diversas relaciones pone en juego sólo una parte de nosotros mismos, y hace el resto irrelevante. Cada cual vive escindido en una pluralidad de mundos vitales y en ninguno de ellos se hace presente de una manera global y plena. Los comentarios profesionales, los intercambios de miradas en el ascensor, la anónima compañía en los espectáculos y los actos públicos, la conversación con los amigos sobre el crecimiento de los hijos, la lucha por conseguir un espacio en el transporte público o las charlas sobre los deportes, la televisión o el tiempo son situaciones que vivimos de manera sucesiva sin que en ninguna de ellas nos encontremos totalmente implicados o nos encontremos todos los participantes implicados de la misma manera o con la misma intensidad.

La vida urbana se caracteriza por la multiplicidad de estímulos. La ciudad hace simultáneas personas, símbolos, imágenes o propuestas muy diversas. Lo que es incompatible en mí es simultáneo ante mis ojos, de manera que fácilmente se crea la ilusión de que está vitalmente a mi alcance todo lo que se me muestra. El corazón está desbordado de solicitudes y el cuerpo está desbordado por actividades, de manera que fácilmente se experimenta la vida como un aluvión de posibilidades que continuamente están a punto de escapárseme y que

---

Josep M. Lozano

---

continuamente se renuevan sin que, por esta razón, ninguna de ellas me exija una vinculación definitiva. Hay que añadir a eso que esta multiplicación de estímulos —y de posibilidades— que define el campo visual y vital urbano no se dirige tanto a satisfacer necesidades como a satisfacer deseos y que, por lo tanto, más que ofrecer objetos, ofrecen deseos y experiencias mediante los objetos. De este modo provocan —alternativa o simultáneamente— una ansiedad como resultado de un deseo desbordado por sobreestimulación, la ficción de que siempre hay una opción a mi alcance más gratificante que la que tengo, y la frustración en la medida en que pretender incidir directamente sobre el deseo es dejarlo perpetuamente insatisfecho.

La vida urbana es una sucesión de intercambios, donde la propia biografía se va construyendo de manera continuada a partir de lo que uno recibe y da (o, quizás mejor, compra y vende), pero sin implicarse nunca totalmente en este dar y recibir. Unos intercambios que sólo pretenden satisfacer necesidades, o que facilitan la disponibilidad sobre objetos, servicios o personas, pero que nunca piden ningún tipo de preferencia absoluta o radical. Esto viene reforzado por la organización de la vida colectiva en la ciudad, donde la esfera privada limita directamente con la dispersión de la vida pública, sin espacios comunitarios intermedios.

La vida urbana es una vida sin memoria y sin esperanza porque se realiza en una continuidad de acontecimientos. El pasado y el futuro dejan de ser recuerdo y proyecto, y se transforman en fragmentos de presente ocurridos o por ocurrir: en presente consumido o en presente planificado. La agenda y los horarios son los que nos imponen esta sucesión de acontecimientos y nos marcan el ritmo, de manera que no dejamos que la vida y el tiempo transcurran en nosotros, sino que queremos dominarlos mediante la agenda, los horarios y los calendarios y, al final, somos llevados por ellos. Casi todo —también las relaciones vitales más significativas— hay que hacerlo «cuando toca». Las necesidades de la moda (que no es más que un presente en cambio constante que pasa sin dejar rastro) también marcan el orden del tiempo y la identidad personal, que se transforma, así, en imagen. Los medios de comunicación de masas contribuyen poderosamente a esta abolición del tiempo, convirtiendo en «actualidad» instantánea (que desaparece o cambia, ficticiamente, al girar una página o apretar un botón) lo que es diverso y complejo, lejano o próximo; y transforman en «información» cualquier tradición o propuesta que quieran orientar la vida. De esta forma, no es el mensaje más denso ni más realista, ni lo más relevante o significativo lo que tiene más posibilidades de interesar y circular como tal entre la gente, sino lo que tiene

---

## La ciudad como escenario de la postmodernidad

---

acceso a los medios de comunicación, siendo —necesariamente— simplificado para poder ser accesible a muchos.

La vida urbana está constituida por una mezcla heterogénea de concepciones y maneras de ser vitales. (Mezcla no solamente exterior a cada uno, sino a menudo también interior). Por este motivo, y para que la convivencia sea posible, hay que pactar unas normas mínimas que nos permitan funcionar colectivamente. La vida social se construye a partir de estos mínimos pactados, y más allá de ellos todo es un asunto privado de las personas o de los grupos. Así, para hacerse entender y para que le entiendan, cada cual tiene que expresarse a sí mismo a partir de estos mínimos comunes, que dejan en la penumbra de la privacidad —que se supone que ya no puede compartirse ni comunicarse— todo lo que sean valores, compromisos o proyectos máximos. Ocurre, pues, que el espacio de comprensión interpersonal e intergrupual se estrecha y se vuelve superficial, porque tiene que funcionar siguiendo unos patrones preestablecidos, que sólo comunican lo que es común, y no lo que es íntimo y vivido en profundidad. Como consecuencia, se tiende fácilmente a reducir la propia opción a aquellos mínimos que son suficientes para ser reconocido en la vida social, que, de esta forma, ya no se arraiga en una decisión personal o en un proyecto vital, sino en un pacto.

A pesar de todo lo que hemos dicho —y de muchas más consideraciones que podríamos añadir— no debemos ignorar ni esconder que la vida urbana crea unas nuevas condiciones para la libertad, la tolerancia, el respeto y el pluralismo. La vida urbana permite hacer y rehacer la propia vida y elegir o crear estilos personales de presencia social. Pero lo hace en el marco de unas formas de vida que no se pueden elegir y que, como ya hemos visto, a menudo se imponen y nos homogeneizan por encima de todo hasta el punto de no provocar solamente malentendidos y frustraciones, sino la pregunta sobre si gran parte de hombres y mujeres que nos rodean —y nosotros mismos— sabemos de qué vivimos en el fondo. La pregunta sobre la relación que hay entre lo que (creemos que) somos y el rostro o el gesto que ofrecemos o recibimos.

Es esta condición urbana la que hace posible el discurso de la Postmodernidad, que, sea cual sea la valoración que merezca, habla desde ella y no contra ella o al margen de ella. Y es también, en gran parte, la que marca —y difumina— el espacio cultural posible de los diversos «ismos» y de sus pretensiones y contenidos más sustantivos. Si esto no se tiene en cuenta, no es extraño que muchos discursos religiosos y morales experimenten un malestar en la cultura, en la medi-

---

**Josep M. Lozano**

---

da que, en el fondo, se encuentran en la paradoja de hacer un discurso global que sólo es relevante en un fragmento o momento de la vida, o de proponer exigencias fundamentales que son secundarias con respecto a las situaciones o exigencias cotidianas de la gente. Por eso la condición urbana les comporta a estos discursos la necesidad de explicitar y aclarar en qué se apoyan sus preferencias, opciones, experiencias y contenidos, porque han perdido evidencia, quizás definitivamente, algunos de sus presupuestos culturales.

Y si a esto queremos llamarle Postmodernidad, llamémosle así. Pero, por lo menos, tratemos de no discutir sólo las etiquetas, y procuremos plantearnos estos problemas, que también son nuestros problemas, nos califiquemos de postmodernos o no.